

2-14
10

REVISTA CASTELLANA

DIRECTOR: NARCISO ALONSO CORTÉS

AÑO IV (1918). NÚM. 22



NOVEDADES ANTIGUAS UN PLEITO LITERARIO

Vaya por delante, lector, una confesión que yo había de hacerte al concluir este artículo, ó que tú adivinarías sin que te la hiciera, y es la de que hay en mi espíritu una irreprimible inclinación hacia los viejos asuntos íntimos, cuyo encanto aún no ha desflorado la publicidad de la Historia.

Mi curiosidad, apenas despierta para lo vivo y actual, gusta extraordinariamente de excavar en la huella que otros hombres ya desaparecidos dejaron por la vida, y se complace sobre todo en bucear hasta las reconditeces de sus secretos, para encontrar los verdaderos resortes de las acciones humanas, siempre varias, siempre ricas, siempre interesantes.

Estimulado por estas mis aficiones, he escudriñado varias veces los libros y papeles íntimos de D. Ventura García Escobar, literato riosecano que gozó de cierta fama en la época romántica y de cuyo nacimiento se cumplen cien años precisamente en estos días.

No importa que hoy su recuerdo esté casi olvidado. En sus obras, numerosas y variadas, en sus poesías, en sus novelas, en sus dramas y en sus estudios arqueológicos, perduran su mérito y su valor.

Una vieja y silenciosa calle de esta ciudad lleva su nombre. En ella está la casona donde el poeta vivió y murió. La habitación que le servía de despacho se conserva en el mismo estado que cuando D. Ventura escribía sus exaltadas producciones románticas. Parece un santuario abandonado. Hay tal calma, tal apacibilidad, tal silencio en la estancia, que el recuerdo de su desaparecido ocupante se eleva en el alma como una oración de fervor.

Por un balcón que mira á Oriente entra diáfana la luz,

bañando los muebles arcaicos que usara el poeta y los tejuelos de sus libros ya desvaídos y polvorientos. En los estantes inferiores de la biblioteca hay un rimero de papeles en parte arrumbados por manos extrañas, en parte también dispuestos y ordenados cuidadosamente. Son datos, esbozos, fragmentos de las obras de este escritor, que, como Flaubert, se complacía sin duda en depurar y abrillantar sus pensamientos fijándoles muchas veces sobre la alba nitidez de las cuartillas.

Una tarde, revolviendo distraidamente aquellos papeles, hemos encontrado un legajo extraño: «*El Cid.—Cuestión de representación*», rezaba en primer término con letra del poeta; y al instante nos hemos puesto á examinarle. Era una colección de cartas y periódicos relacionados con las incidencias que dilataron el estreno de esta obra dramática.

* * *

Las vicisitudes de «El Cid.»

Nuestro poeta, que cual todos los de su tiempo tenía una inclinación decidida por los asuntos históricos, planeó y escribió *El Cid* como tragedia el año de 1846. Meses antes había estrenado con aplauso *Doña Juana de Castilla* en el teatro del Príncipe de Madrid, y se marchó á la Corte con el nuevo manuscrito para entregársele al célebre actor D. Carlos Larra. Pero éste debió aconsejar al autor que limara las durezas trágicas, y la obra fué refundida en drama algunos años después. Otro actor celeberrimo, Julián Romea, la tuvo en su poder hasta el 1857. En Octubre de este año fué al fin admitida en escena para el teatro de Novedades.

El poeta volvió tranquilo á su pueblo, soñando con la gloria. Pero pasaron meses y el estreno no se anunciaba. Por los nervios del autor corrían de cuando en cuando algunos estirones de impaciencia.

Llegó el otoño de 1858, y al iniciarse la temporada teatral vió García Escobar que la empresa de Novedades anunciaba la representación de un drama del mismo título que el suyo é igual asunto. Imagínese el lector la decepción que nuestro autor experimentaría. Inmediatamente comisionó á su amigo D. Pedro Calvo Asensio, para que recogiera el manuscrito y

le mandase imprimir, á fin de hacerle llegar al público antes que la obra de Fernández y González se estrenara.

Al mismo tiempo comenzó Escobar una campaña de protesta contra su injusta postergación, enviando comunicados á *La Época*, *La Iberia*, *La Discusión*, los diarios que entonces más circulaban, y escribiendo á literatos amigos como Alarcón, que en aquel tiempo oficiaba de crítico autorizadísimo, y á D. Juan de la Rosa González, periodista notable y colaborador de Calvo Asensio.

Otros menos conocidos se pusieron espontáneamente de parte del autor postergado y aprovecharon la ocasión para verter la bilis de su descontento «contra los compadres de la vida literaria de la Corte». Alguno hizo pagar su ayuda leal con los productos de un modesto «sablazo».

La colección de cartas que enseña todo esto es curiosísima. El legajo rezuma vida, pues los testigos del *pleito* se presentan por sí solos, enseñando el alma con todas sus pasiones y debilidades.

Don Ventura debió de pasar muy malos ratos. A pesar de la actividad y de la influencia que él desplegó para divulgar la injusticia, la campaña no llegó á tomar los vuelos y la importancia que él deseaba. Calvo Asensio, su amigo y compinche en lides políticas, no mostró en este caso toda la diligencia é interés con que se le solicitaba. *La Iberia*, que el dirigía, apenas habló del asunto. Alarcón se contentó con hacer alusión á él en una revista literaria de *La Época*, donde decía que Fernández y González había escrito su *Cid*, «pidiendo á su inspiración la esencia y la forma, no obedeciendo á sugerencias de anteriores lecturas».

Tan repetidos desengaños hicieron cambiar de actitud al dolorido poeta. Rompió violentamente con Calvo Asensio, quejándose en una larga carta de la deslealtad de su proceder y recordándole los favores recibidos en las elecciones del 47 y del 54. En las primeras, Escobar había retirado su candidatura por el distrito de Rioseco para proteger la del director de *La Iberia*. «¡Cuánta decepción—exclamaba el poeta.— Estoy muy lastimado, Sr. D. Pedro... Yo tenía derecho á esperar de V. lo que ha obtenido de mí.»

Pocos días después escribía á Alarcón en el mismo senti-

do, pero más despechado aún, otra carta que firmaban además dos amigos. «Desventajosa es nuestra situación—decían—así por la menor intelectualidad y por el aislamiento en la lira, como porque ustedes viven al abrigo de fortísimas trincheras y disponen á su placer de los periódicos y de las empresas teatrales y de mil elementos de que carecemos nosotros. Pero aun así lucharemos fiados en la justicia de nuestra causa.»

Esta carta, que nunca debió firmar D. Ventura García Escobar, termina con una amenaza infantil. Alarcón la devolvió, subrayando sus frases más duras, tachando una de las firmas y diciendo que aquellas quejas y aquellos atrevimientos no iban con él, puesto que su intervención en el asunto era incidental y bien escasa. Y en una posdata, con letra grande, trazada al desgaire, añadía: «Dispense usted la forma, Escobar. Pero me ahoga la razón y ustedes me han quitado tres amigos en un día, que son ustedes tres... Basta, no hablemos más de lo sucedido. Allá va la carta y como si no nos hubiéramos conocido jamás.»

Después de esta epístola, fechada en 4 de Diciembre, Don Ventura debió de quedar abrumado por la desilusión. Muertas sus esperanzas, perdidos sus amigos más valiosos, atropellado su derecho, la situación de ánimo de un alma noble como la suya era la del desistimiento. Paladear á solas la amargura y hacer íntima confesión de algún error ó ligereza. Todo mejor que el seguimiento de una campaña, cuya ineficacia era ya patente.

A pesar de ello, sus amigos la continuaron en *El Norte de Castilla*, que entonces contaba tres años de vida y desde luego se había puesto resuelta y ardorosamente de parte del poeta castellano.

Publicóse un número extraordinario que relatava el caso ampliamente y combatía la injusticia de la empresa madrileña, al mismo tiempo que la indelicadeza del autor favorecido, que se encerraba en el silencio.

Algunos otros periódicos provincianos respondieron con voces de eco en igual sentido. Pero todo era ya inútil. El pleito estaba perdido sin que nadie le hubiera fallado.

La amargura del poeta.

Quedó, pues, Don Ventura García Escobar, atribulado por la desilusión que le produjera el ver que su obra dramática predilecta, la más cuidadosamente trabajada, la que él juzgaba acaso definitiva y capaz de extender su nombre por los ámbitos de la gloria, permanecía inédita años y años y perdía al fin la probabilidad de ser representada en la Corte, en esa Corte dorada donde la fama se forja súbitamente, pero donde la vida es ficticia, la amistad deleznable, el entusiasmo insincero, donde el mérito honrado y circunspecto tarda en hacerse camino, mientras queda triunfante la intriga, premiado el egoísmo y vencedora la audacia.

Todo esto es lo humano, es lo real. Pero un poeta que vive de ensueños, que profesa sinceramente su arte, que trabaja sin estipendio y lleva una existencia agitada y quijotesca, no ha tenido tiempo ni serenidad bastantes para reparar en las acres impurezas de que la realidad se viste en todas partes. Escobar habla amargamente en sus cartas de desengaños y decepciones. Atribuye á la deslealtad de sus amigos lo que acaso fuera producto de una intriguilla anónima y liviana. La queja del poeta no es quizá justa, pero nadie podrá decir que no sea legítima y natural en su estado de espíritu.

Lo que no se explica es aquella inquietud que le acometiera al pensar que otro escritor iba á estrenar un drama sobre el asunto que él escogiera para escribir el suyo, el cual al fin no era nuevo en la escena española. Dos siglos antes Guillén de Castro le había ya tomado para sus «Mocedades del Cid» y Corneille le hizo también objeto de su famosa tragedia. No hay motivo, pues, para que García Escobar recelara de la probidad literaria de Fernández y González. La palabra formal y terminante de Alarcón alejaba por otra parte toda idea de plagio.

Pero en el ánimo y en la conducta de Escobar influían mucho otros amigos que tomaron como cosa propia la causa. Tremiño, que dirigía á la sazón *El Norte de Castilla*, continuó escribiendo cartas á Madrid y hasta trató de que se formara un tribunal de escritores que juzgase la conducta de Fernández y González. Al mismo tiempo, y viendo ya que *El Cid* no

había de estrenarse en la capital de España, pensó en que al menos se diese á conocer en la escena de la capital de la provincia.

Estaba entonces en Valladolid una compañía dramática dirigida por Ossorio, que representaba obras como «Sancho García» y «García del Castañar». Era, pues, el género. Pero no debía formar un conjunto excelente. A pesar de todo, Tremiño—según confesión propia—lisonjeó desde las columnas del *Norte* á los actores y llegó á requerir de amores hasta á las actrices más ancianas á fin de que tomaran con cariño sus respectivos papeles.

Se hizo el reparto, se estimuló el interés del público, comenzaron los preparativos de trajes, se pidieron datos y opiniones á Escobar sobre la edad y condiciones de algunos personajes, se acotaron algunas escenas... Pero ausente el autor, porque desgracias de familia le retenían al lado de los suyos, el tiempo transcurrió sin ultimar nada. La primavera del 59 había entrado y la temporada tocaba á su fin. El tiempo había esfumado el interés. Tremiño, consultando con su autor, decidió que se aplazase la representación del drama hasta mejor ocasión. *El Cid* continuaba en desgracia.

Al autor tampoco le rodeaba la suerte. Además de la honrada pena que el fallecimiento de su madre le produjera, debía notar ya que una enfermedad terrible minaba su organismo. Aquel verano de luto y de amarguras, fué el último de su vida. Al finalizar Noviembre el poeta murió, sin haber visto realizados sus anhelos. La muerte cortó con toda su cruel brusquedad afanes vehementísimos, nobles aspiraciones y sueños de gloria.

Y he aquí cómo á través de tantas vicisitudes quedó póstuma una obra escrita catorce años antes de morir el autor. Tres después, en Diciembre del 62, fué al fin estrenada «con general aplauso» en el teatro de Lope de Vega de Valladolid.

Justo GONZÁLEZ GARRIDO.

Medina de Rioseco.

Manuel del Palacio

(CONTINUACIÓN)

Antes de seguir adelante con la biografía del autor de *Chispas*, recordemos dos anécdotas curiosas. Una se refiere á sus pinitos literarios en Soria; otra, á sus primeros pasos en Madrid. Ambas aparecen referidas en el prólogo á *Cien sonetos*.

Tendría Palacio sus nueve años, cuando celebró el feliz término de la guerra civil en unas estrofas que fueron en Soria muy aplaudidas. Cierfo literato anciano, después de hacer que el niño recitase los versos en una tertulia, le sentó sobre sus rodillas y exclamó efusivamente: ¡Ni Garcilaso! «Tardé bastantes años—escribe Palacio—en conocer la importancia de aquel elogio y la gravedad de tal herejía.»

Muchacho al fin y al cabo, el incipiente poeta pagó con una trastada los entusiasmos del buen señor. Había éste compuesto una comedia romántica, que fué representada en el coliseo de Soria por una compañía de cómicos de la legua, y que sufrió un fracaso tremendo. Llevaba el triste autor el apellido Bazán, y se decía descendiente del gran don Alvaro, marqués de Santa Cruz. Días después de estrenada la comedia, circulaba de mano en mano, escrito por Manolico Palacio, el siguiente paralelo entre el marino y el poeta:

Los dos con distintos planes
Lograron iguales fines;
Uno fué honor de Bazanes
Y el otro honor de Ba...

Más trascendental en su vida literaria fué el incidente que le acaeció en Madrid: como que sirvió para abrirle las puertas de la fama. Es preciso que lo oigamos referir al propio Manuel del Palacio:

«Hay en la calle del Correo una tienda de dos puertas, que hasta hace poco era despacho de diligencias y trasportes. ¹ En

(1) Escribía Palacio esto en 1870.

ese despacho, y encargado de la contabilidad, pasaba yo mi vida en los primeros meses de 1848. Una tarde, como todas, me hallaba sentado detrás de la barandilla del escritorio, mientras otro empleado anotaba los viajeros y encargos que llevaban, cuando dos individuos de buen aspecto, pero no de lujosa apariencia, vinieron á interrumpir mi ocupación. El objeto que les traía era consignar para Salamanca, si no me engaño, un pequeño paquetito. El dependiente lo anotó en seguida en el libro, y yo proseguí escribiendo en el mío. Porque yo escribía también; pero no en el libro Mayor, ni en ninguno de los de cuentas, sino en un viejo volumen encuadernado en pergamino y con un papel moreno muy á propósito para borradores. Y lo que yo escribía eran versos.

Antes de entregar la peseta ó dos pesetas, valor del porte del paquete, el escribiente preguntó, como era de rigor, al consignatario:

—¿Me quiere usted decir su nombre para anotarlo en el recibo?

—¿Mi nombre? ¡ah! sí; perdone usted; estaba distraído: Eulogio Florentino Sanz.

Y en seguida añadió volviéndose á su acompañante:

—Parecen versos lo que está escribiendo ese muchacho.

Aquel nombre y estas palabras fueron para mí una revelación.

—Caballero, me atreví á balbucear; son, en efecto, renglones cortos que aspiran á ser versos.

Entonces el autor de *Don Francisco de Quevedo*, que acababa de estrenarse por aquellos días, y á quien abrumaban por consiguiente los elogios y los aplausos, me miró bastante descaradamente, á decir verdad, murmurando:

—Si no temiera ser indiscreto, yo le diría á usted si lo son.

Y á través de la pequeña balaustrada, alargó la mano hacia mi libro.

Yo se lo dí con orgullo y temor al mismo tiempo; temor, por la lectura; orgullo, por el lector.

Florentino y su amigo recorrieron en pocos minutos bastantes hojas del infolio que estaba ya á punto de concluirse. Por fin se detuvieron, y leyeron una misma composición dos ó tres veces; después, devolviéndome el libro, me preguntó el primero:

—¿Cómo se llama usted?

—Manuel del Palacio, respondí con la misma turbación que si estuviera delante de un juez.

—No he oído ese nombre en mi vida, replicó, lo cual me prueba que no ha escrito usted nunca para el público.

—Así es en efecto, señor Sanz.

—Muy mal hecho, exclamó casi en tono de reprensión.

—Y yo, ¿qué le he de hacer? murmuré con acento de disculpa.

—Lo que ha de hacer usted es copiar estos versos, éstos que se titulan *La flor de mi esperanza*, y llvármelos esta noche al café del Príncipe; ¿sabe V. dónde está?

—Sí, señor: no he estado nunca; pero ¿no he de saber el café donde se reúnen los poetas?»

Así fué como pocos días después la poesía de Palacio se publicaba en *Los hijos de Eva*, periódico dirigido por Ventura Ruiz Aguilera, y precisamente en el mismo número en que se daba á conocer como poeta D. Antonio Cánovas del Castillo. Bien pronto fué Palacio amigo de casi todos los literatos que frecuentaban el café del Príncipe.

* * *

Tomemos otra vez el hilo del relato.

En los primeros días de septiembre de 1854, la *Cuerda granadina*, ó por lo menos sus principales *nudos*, soñaron con sentar sus reales en Madrid, en busca de empresas magnas. Y dicho y hecho: sin más capital que el de sus ilusiones ni más recursos que los de su juventud, á la corte marcharon Castro y Serrano, José Vázquez, su hermano Mariano, Fernández Jiménez, Pérez Cossío, Pedro Antonio Alarcón y Manuel del Palacio.

¡Triste calvario el de los conquistadores del ideal! ¡Días eternos de infructuosas pesquisas, de esperanzas deshechas, de fieros desengaños, de hambre y agotamiento! Los de la *Cuerda* se instalaron en un sotabanco de la calle del Mesón de Paredes, y gracias á su buen humor y á sus pujantes arrestos juveniles, supieron ir triunfando de muy duras pruebas. Cuéntase que más de un día aquellos privilegiados inge-

nios se vieron sometidos á dieta forzosa, y que en situación tan ingrata se distrajeron preparando travesuras por el estilo de las que inventaran en Granada.

En un sotabanco fronterero tenían su vivienda dos personajes del mismo gremio: Luis de Eguílaz, el aplaudido autor de *La cruz del matrimonio*, y Diego Luque, el popular novelista y crítico que usó á veces en sus escritos el seudónimo de *El cura de Argamasilla*. En su sotabanco recibían estos dos inseparables camaradas la visita de no pocos amigos, entre ellos Antonio de Trueba, Luis Mariano de Larra y los hermanos Hernández Amores (Antonio, Germán y Víctor).

La proximidad de habitación y la identidad de aficiones, hizo que bien pronto fraternizaran los de uno y otro sotabanco. Todos unidos establecieron una tertulia en el *Café de la Esmeralda*, y allí intimaron con otros literatos jóvenes y bulliciosos que redactaban el memorable periódico *La Iberia*: Carlos Rubio, Gaspar Núñez de Arce, Juan de la Rosa González, Manuel Llano y Persi, Ventura Ruíz Aguilera.

Con tales amistades, los de la *Cuerda granadina* pudieron ir afirmando su situación. Quién más, quién menos, todos consiguieron sueldo en la redacción de algún periódico.

Fué entonces cuando aquel enjambre de literatos y artistas formó en la calle de Lope de Vega la *Escuela de Rada*, bajo la dirección del gran crítico de arte Cruzada Villamil. Allí aprendieron á tirar la espada española, y allí tuvieron amenas tertulias literarias, con té y pastas que Cruzada Villamil, más adinerado que sus colegas, costeara siempre.

Para Manuel del Palacio empezó una época de actividad febril. Fué redactor de *La Discusión* (1858), de *El Regulador* (1859), de *El Pueblo* (1860); director de *Nosotros* (1858-59), de *El Mosquito* (1864-65) ¹, de *El Comercio* (1864), órgano este último de la *Casa Banca de Madrid*. Colaboró en otros muchos y arregló á la escena española operetas extranjeras. En 1864, y en la autobiografía puesta al frente de *Doce reales de prosa y algunos versos gratis*, decía lo siguiente:

Si quisierais más detalles,

(1) Reparéció, también bajo su dirección, en 1868

Sabed que he sido empleado,
Que he tenido mis apuros,
Que puede ahogarme en el Tajo,
Que soy pobre y que lo siento
Por cien motivos que callo,
Y que hoy día de la fecha
Vivo casi de milagro,
Pues he podido morirme
Como se han muerto otros tantos,
Siendo redactor de *El Pueblo* ¹,
Telegrafista honorario,
Arreglador de zarzuelas
Con ingreso en los teatros,
Socio de algunos liceos,
Profesor en ditirambos,
Amigo de todo el mundo
Y apreciable literato,
Como me ha dicho cien veces
En letras... que yo no cambio.

Corresponde á este período casi toda la labor literaria de Palacio como periodista político. Pocas veces ha adquirido en España un escritor satírico la popularidad que dieron á Palacio las *orientales* de *La Discusión*, los partes telegráficos en verso insertos en *El Pueblo*, los mil artículos que de su pluma salieron, muchas veces para ser denunciados. Convento en que de haber escrito Palacio estos trabajos solamente, su nombre no hubiera pasado á la posteridad; pero no puedo convenir en que esto se debiera á la falta de mérito de tales pasatiempos. Ahora, claro es, no apreciamos exactamente su valor, porque ha desaparecido el influjo de la actualidad, se ha desvanecido el alcance de las alusiones, personajes y sucesos han perdido su relieve; de modo que, aun conocidos los pormenores que motivaron cada rasgo satírico ó epigramático, nos ha de dejar fríos la referencia á hechos que, si entonces eran de interés palpitante, y acaso de importancia capital para la política, hoy se han mezclado en la inmensa

(1) *El Pueblo* se publicó desde septiembre de 1860 hasta junio de 1866. Reapareció en 1868.

hacina de lo pasado. Negar, sin embargo, su mérito, sería tanto como negarle á las comedias de Aristófanes ó á las *Coplas de Mingo Revulgo*.

Hay que suponer, por de contado, que tales escritos tengan un intrínseco valor literario, como le tienen los de Palacio. El gracejo, la espontaneidad, la donosura, campean en todas aquellas satirillas, escritas como á vuela pluma y sin más trascendencia que la de poner un comentario al suceso saliente del día.

(Continuará).

NARCISO ALONSO CORTÉS.

ESCRITORES LEONESES

Fray Cipriano de la Huerga

En una escondida villa de la provincia leonesa, que lleva el nombre de San Esteban de Nogales, existió un famoso Monasterio de la Orden del Cister, que, en el año 1151, y bajo la advocación de Santa María, fundaron los condes Don Vela Gutiérrez Osorio y D.^a Sancha Ponce de Cabrera, levantando la fábrica del mismo su primer Abad Don Juan, de nación francés, que, desde el de Moreuela, se dirigió al valle de Aria para posesionarse de los lugares de Humaneros, Castroalbón, Villajeriz, Quintanilla de Frades y San Esteban, donados por aquellos virtuosos nobles á la naciente comunidad y durante el reinado de Alfonso VII el Emperador.....

La gloriosa historia del Monasterio leonés termina en el siglo XIX y cuando en España se lleva á cabo la expulsión de las Comunidades religiosas y la incorporación de sus bienes al Estado.

El cenobio erigido en honor de Santa María pasa á manos de particulares y éstos le profanan, destruyen, poco á poco, sus monumentales edificaciones y malvenden sus alhajas, sus cuadros pictóricos, las obras que los religiosos cistercienses reunieran en su Biblioteca y—triste es decirlo—, hasta los bellos sepulcros de los fundadores que, por espacio de siete siglos, se admiraron en

la capilla mayor de la Iglesia y que, en el día de hoy, enriquecen un Museo del extranjero.

De aquella santa casa, en donde se rendía fervoroso culto á las ciencias y al arte, consérvase un montón de ruinas, que pregona la incultura de la revolución; parte de la iglesia consagrada, en primero de Mayo de 1172, por Don Fernando, obispo de Astorga, y una Historia manuscrita é inédita del siglo XVIII, en la cual la doctísimá pluma de un monje anónimo escribió páginas tan interesantes como las que contienen las memorias de los Abades y monjes que en el referido Monasterio cultivaron las letras.

Figuran entre aquéllos, además de Fr. Cipriano de la Huerga, del archivero Fr. Lorenzo Pérez y del Cardenal de Roma Don Julio de Médicis, el bachiller en Teología y notable orador Fr. Bernardo Bretheadonia, a quien debemos eruditísimos tratados sobre las Epístolas de San Pablo y de San Juan; Fr. Alonso Ruiz, que escribió no pocas obras filosóficas y las tituladas «Sobre el Canon de la misa» y «De Escritores Españoles», y Fr. Ignacio Fermín de Yeero, gran amigo del rey Felipe II, Vicario general del Generalísimo del Cister, hombre eminente por su saber, autor de una Historia de la Orden á que pertenecía y uno de los que más trabajaron para que se imprimiera el antiguo libro «Magnum Exordium Sacri Ordinis Cisterciensis».

Fijemos hoy la atención en Fray Cipriano de la Huerga.

El eximio bibliógrafo Nicolás Antonio, en su «Bibliotheca Hispana Nova», consigna los títulos de algunas obras de nuestro escritor y, al hablar de su vida, afirma que fué monje de Santa María de Nogales y celebérrimo intérprete de las sagradas letras en la Universidad de Alcalá.

Fr. Roberto Muñiz, en su «Biblioteca Cisterciense Española», impresa en Burgos, en 1793, por José de Navas, escribió, con más datos que Nicolás Antonio, la biografía del Maestro Fr. Cipriano, publicando el catálogo de las obras de éste, que le remitieron los frailes de aquel Monasterio.

Muñiz dice que el mencionado escritor nació en la villa de Laguna de Negrillos, partido de La Bañeza, Diócesis de Astorga y provincia de León; que su padre, Fernando de Huerga, era de linaje noble e hidalgo y merino ó alcalde mayor de Nogales; que, de muy niño, ingresó en el Monasterio de Santa María, en donde aprendió las primeras letras y latinidad con toda perfección, recibiendo el santo hábito a los trece años de edad.

El extraordinario talento de Fr. Cipriano de la Huerga—añade su biógrafo—y lo mucho que aprovechó en los colegios de la

Orden, estimularon a ésta á concederle licencia para graduarse de Doctor en Teología en la Universidad Complutense, habiendo obtenido antes el grado de Bachiller en la de Sigüenza y regido la Abadía de San Esteban de Nogales.

En la mencionada Historia manuscrita del Monasterio de Nuestra Señora de Nogales, que hace años poseía el abogado de La Bañeza Don Leopoldo Mafa y de la cual tenemos un minucioso extracto, se amplían aquellos datos biográficos con estas curiosas noticias:

«El Maestro Don Fr. Cipriano de la Huerga en 29 de mayo de 1545 ya no era abad por haber ocabado su trienio, pero fué electo por el Convento, segunda vez, en 1547. En este mismo año se hicieron las tres sillas del coro y se colocaron los sepulcros de los fundadores en la capilla mayor: uno a la parte del evangelio y el otro a la de la epístola.

Esta segunda vez sólo fué abad poco más de dos años.

En 1550 fué sacado del Monasterio para leer Teología en nuestro Colegio de Alcalá, donde, graduado de Doctor, llevó cátedra de Escritura.

Era natural de Laguna de Negrillos, distante cuatro leguas del Monasterio. Estudió en él las primeras letras. Recibió el Santo hábito en 1527, día de la Natividad de N. S. J. C., según consta en un libro que él mismo mandó formar para apuntar el día en que los religiosos tomaban el hábito. Ejercitóse en latinidad y Retórica en que fué eminente, así como en castellano; prueban esta verdad las muchas cartas que, sobre varios asuntos, escribió á muchos personajes de España. Por su gran virtud llegó en breve tiempo á ser abad. Fué llamado varias veces por el Emperador Carlos V y por su hijo Felipe II para consultas de negocios graves, en que mostró su gran valer. Floreció en letras humanas y divinas; muy especialmente en la exposición de la Divina Escritura por ser peritísimo en las lenguas Griega, Hebrea y Caldea. Diéronle esta cátedra en la Universidad de Alcalá, llevándola en tres oposiciones que hizo á gravísimos y docísimos sujetos. Fué tenido por Fénix y Musa de España, así por los propios como por los extranjeros. Y fué el Doctor más estimado de aquella docta Universidad. A su muerte se le tributaron grandes honores, celebrándose su saber con multitud de composiciones latinas y castellanas. Como muestra he aquí el soneto que se cantó á cuatro voces en canto de órgano:

Henares de agua clara enriquecido
 sus humidos cabellos arrancaba
 y al lastimoso llanto le ayudaba
 de las musas el coro entristecido.

El comarcano monte oía el sonido,
 lloroso y triste llanto le enviaba,
 y todo lo que en torno le escuchaba
 lloraba de piedad enternecido.

Cipriano (decía el Río) ay Cipriano
 amado Hijo! que con fértil vena
 regaste al pueblo grato la Ribera;
 no beberá de mí más agua buena
 quien desconoció el seno soberano
 del más divino hijo que pariera».

Murió en su Colegio de Alcalá el 4 de Febrero de 1560, á los 23 años de hábito y á los 46 de edad, y fué enterrado dentro del coro bajo de aquél, poniéndose en su túmulo, entre otros muchos, los dos siguientes epitafios:

Ciprianus
 Monachus Cirterciensis
 Sacrogrm Bibliorum interpres
 in Gimnasio Complutensi
 cuius stant præclara opera
 Rector huyus Colegii
 Obiit
 Anno. M D. L. X
 Pridie Nonas Februarii.

Ciprianus Hispaniæ Musa et Phænis,
 Maximus ille brevi Ciprianus conditur urna,
 Ille, húmili, excelsus, clauditur hospes, humo,
 Iudicium, labor, ars fecunda peritija rerum
 Una adiere virum, quo cum abierit simul.
 obiit anno M. D. L. X.

El anónimo de Santa María de Nogales enumera de este modo las obras que escribió Fr. Cipriano de la Huerga:

«Comentarios sobre el profeta Nahum.

Comentarios sobre el salmo 38; comentarios sobre el salmo 150 (estas se imprimieron viviendo el autor.

Dejó escritos:

Comentarios sobre Job.

Los cantares de Salomón; que hizo imprimir el Maestro Ibero en Alcalá, el año 1582.

Un tratado intitulado *Isagoge in totam Divinam Scripturam*.

Tres libros de *Opificio Mundi*, sobre el Génesis.

Un tratado sobre el Salterio, en cinco libros.

Otro libro de conceptos sobre los ocho salmos primeros.

Item sobre los Salmos 22, 44 y 51, con tres diferentes traslaciones del texto según la versión hebrea.

Comentarios sobre el Salmo 7.

Libro de meditaciones sobre el Salmo 67.

Comentarios sobre el Salmo 109.

Cuatro libros de comentarios sobre Isaías.

Comentarios sobre los trenos de Jeremías.

Anotaciones y comentarios sobre el Evangelio de San Mateo.

Fragmentos sobre el Evangelio de San Juan.

Comentarios sobre la Epístola de S. Pablo ad Eph.

Comentarios sobre la Epístola ad Hebreos.

Comentarios sobre el Apocalipsis de San Juan.

Perdiéronse muchas obras con su temprana muerte; entre ellas una, que fué muy estimada, titulada *Symbolos Mosaycos*.

De las impresas existen rarísimos ejemplares: en la Biblioteca de San Isidro de Madrid consérvase un ejemplar de los *Comentarios sobre el salmo 38*, y uno de los *Comentarios sobre el salmo 130*, y en la Iglesia parroquial de Pastrana (Guadalajara), se custodia otro de los *Comentarios sobre Job* y los *cantares de Salomón*.

He aquí la minuciosa reseña que hace de cada uno de ellos mi inolvidable maestro Don Juan Catalina en su «Ensayo de una Tipografía Complutense», obra premiada por la Biblioteca Nacional en el concurso público de 1887:

—Cypriani monachi Cisterciensis, institvti. D. Bernardi, Divinae Legis interpretis in Complutensi academia, Commentarius, in Psalmun. XXXVIII. Ecclesiæ indicio omnia submissa sunt.

(Escudo de una mano con la barrena y leyenda griega y hebrea alrededor). Complvti. Ex officina Ioannis Brocarij. 1555.

Dedicatoria de Pedro Fuentidueña á Don Martín Godoy Loaysa, deán de Sigüenza.—El mismo Fuentidueña al lector.—Texto.—Suma de la censura y aprobación.—Erratas.—Colofón.—Escudo pequeño del impresor que representa los enemigos del alma.

95 hojas foliadas y una para el colofón y escudo, en 8.º El texto en letra itálica.

—Cypriani moriachi Cisterciensis institvti. D. Bernardi, Divinae Legis interpretis in Complutensi academia, Commentarius, in Psalmum. C.XXX

Ecclesiæ indicio omnia submissa sunt. (Escudo de la mano con la barrena y leyendas.) Complvii. Ex officina Ioannis Brocarij. 1555.

El autor á Don Claudio de Quiñones. conde de Luna.—Erratas.—Texto.—Nota de aprobaci6n.—Escudo del impresor de los enemigos del alma. 88 hojas foliadas, en 8.º El texto en letra itálica.

—Magistri Cypriani monachi cisterciensis diuinæ Legis interpretis in Complutensi academia Commentaria in librum Beati Iob, & in Cantica canticorum Salomonis regis. Additi sunt duo locupletissimi indices, alter rerum & verborum: alter ver6 locorum Sacræ scripturæ, quæ in eis explicantur. (Escudo ó emblema, y en su derredor una frase griega y dos hebreas.)

Compluti cum privilegio Ex officina Ioannis Iñiguez á Lequerica Anno 1582. Está tasado á tres maravedís el pliego. (Al fin:) Compluti, Excudebat Ioannes Iñiguez á Lequerica. 1581.

Censura de Fr. Lorenzo de Villavicencio.—Tasa.—Dísticos latinos en loor de Cipriano.—Privilegio real á favor del monasterio de Nogales: Lisboa 15 de abril de 1582.—Erratas.—Dedicatoria de Fr. Ignacio Fermín Ibero á Fr. Marcos de Villalba, General de la reforma del Cisier.—El mismo Fr. Ignacio al lector.—Indices.—Texto del comentario al libro de Job.—Texto del comentario al Cántico.—Escudo de la Orden cisterciense.—Colof6n.

26 hojas de principios, 555 páginas del primer tratado, una blanca, 297 del segundo tratado y una para el colof6n; en folio, á dos columnas.

El emblema de la portada representa una mano que sale de entre nubes con una barrena, y, en derredor, dentro de dos círculos concéntricos la leyenda † AVDITVS PER VERBYMDEI.

Fontidueña, Alvar Gómez, Auberto Mireo, Alfonso Matamoras, Muñiz, Ibero y Nicolás Antonio tributaron grandes elogios al Mr. Fr. Cipriano de la Huerga; á su muerte, el Capítulo General acordó dar á la estampa todas sus obras «in publicam Ecclesie utilitatem», y Andrés Scoto dedicábale estas encomiásticas frases:

«Interpretó en la Universidad Complutense las sagradas escrituras con tanto ingenio y tanta facundia de excelente doctrina que atrajo hacia sí la admiraci6n de todos, como al que nada le faltaba de elocuencia y de verdadera y sólida doctrina.

Perfeccionó en gran manera los estudios de la Divina escritura, pues, á los conocimientos que por su ingenio adquirió en breve tiempo de las letras latinas y griegas, uni6 el prelaro de las hebreas y caldeas...»

QUITEÑAS

EPÍSTOLA

I

Amiga:—Nuestras almas fraternales,
arpas unidas por un mismo afecto,
al unísono están. Como palomas
que al amor de la estrella vespertina
ledas se arrullan, tal nuestros espíritus,
con inefable unción. Los ideales,
cual torres de marfil, dan sus ventanas
a la luz del mismo astro. Juntos vemos
lontananzas de gloria y de belleza,
horizontes del arte. Nuestro nido—
nido de almas, ensueños y saudades—
nadie visita: es palomar excelso
para sólo fraternos corazones,
al cual no llega el fango de este mundo,
ni el bullicio de bajos contendientes,
de la vil ambición y el odio esclavos.
Tan alto está, que piérdese en la bruma
de la ilusión. Si vuelan los señuelos—
nuestras dulces y puras esperanzas—
suben, suben muy alto... allá se posan...

II

Quiteña de mi alma, blanco lirio
que sembré en los jardines del espíritu
para mí solo. En tardes silenciosas,
libres de ojos de envidia y de testigos,
le riego con mis lágrimas. Afanes
de mi amor y desvelos infinitos
son para el albo lirio. Si él arraiga
en mi pecho, no habrá quien me lo arranque.
Si a mi muerte la planta se marchita,
que a orillas de mi tumba reflorzca.
Contados son los días terrenales,
todo es fugaz como una flor de espino:
sólo hay algo que vive eternamente:
el lirio del pensil de los espíritus,
el palomar excelso de los sueños
y el arrullo ideal de almas gemelas.

III

¡La muerte! ¿Y qué es la muerte, si un segundo
 las almas comulgaron en su cielo?
 ¿Recuerdas la leyenda de aquel monje
 para quien un momento valió un siglo?
 Cantará el ruiseñor: si le escuchamos
 un instante no más, venga la muerte.
 ¡Es tan corta la vida!: es un minuto.
 ¡Y un minuto de amor redime al hombre!
 ¡Oh, Maruja de mi alma! Escucha el canto:
 es de la alondra el postrimer suspiro.
 Corramos en su busca por la fronda...
 ¡Que el destino me muestre el derrotero!...
 ¡Y aunque sucumba en medio del camino!

ALEJANDRO ANDRADE COELLO

Quito (Ecuador).

MOTIVOS

MÚSICA DECORATIVA

Escuchando cierta noche de frívola mundanidad la música de los tziganes de Boldi en un restaurante de moda, he pensado, en una de esas cerebraciones incoscientes que nos asaltan en los instantes de abandono haciéndonos recordar las pequeñas cosas transcendentales que forman nuestras preocupaciones cotidianas, he pensado, digo, en que la música, ese arte sin plasticidad, aéreo, de ritmos sutiles y transparentes, no ha podido hurtarse como las artes plásticas, á la función decorativa.

He aquí como hay música con un único valor de decoración; como la pintura, la escultura... Como la poesía. ¡Oh! sí, que también hay poesía decorativa.

El salón es una sonora vibración cristalina de risas, de voces gratas perdidas en una charla plena de galanterías; todo allí tiene un supremo valor de decoración; los tapices, los grandes *panneaux* que embellecen los muros, la apostura de los comensales, el ir y venir de los servidores, incluso las *corbeilles* de encendidas flores, incluso la luz radiante de los focos... todo es allí decoración.

La música de los tziganes, que une con su ritmo alado y diáfano todos los motivos de la hora frívola y mundana, también es decoración.

Perdidos en nuestra charla, en la *causerie* ingravida de la hora percibimos sin querer los giros de la melodía tziganesca; no nos cuidamos de seguir las volutas tenues, aladas, de la canción... Sin embargo, cuando el ritmo ha cesado, advertimos como el derrumbamiento de una arqui-

tectura ideal, en cuya contemplación nos deleitábamos inconscientemente, como si todos los motivos que antes se nos ofrecían unidos por el inconsútil milagro de la música, se hubiesen abatido en un fracaso rotundo. Tal vez si el gran tapiz que se alza allá en el fondo mostrándonos un deleitable panorama hubiese dejado de ocultar la fría y hórrida desnudez del muro, no nos hubiera causado tan ingrata impresión como el súbito término de la cadencia no escuchada...

Tal se me ofreció a mí, aquella noche, la música decorativa.

EL FUTURISMO EN LA MÚSICA

Ahora que se ha dejado de hablar en serio de los futuristas pintores y escultores, se me ocurre llamar tu atención, ¡oh lector aficionado á los buenos conciertos de esas orquestas hieráticas y solemnes! acerca de la música futurista.

Para no perdernos en divagaciones, llamaré plenamente tu atención hacia un punto: he ahí la música descriptiva.

Olvida las viejas—¿por qué decirte clásicas?—interpretaciones de la furiosa tempestad—fronda de violines, rugido de trompas, trepidar de timbales—; no, no es eso. Nombres nuevos y triunfadores: Strauss, Debussy...

Escucha esta descripción del encaje de espuma de las olas, de esas olas divinas de los pintores japoneses. ¿No lo entiendes, no las ves? Lee, lee las perspicaces notas del ilustrador del programa. ¿Tampoco ahora? Pues escucha este monólogo de las trompas que expresan el alma, ¡el alma! de Don Quijote. ¿Tampoco esto? No, no lo ves, no podemos verlo, como tampoco veíamos las arbitrarias perspectivas del cubismo, los delirios futuristas, concentración de planos que oscurecen nuestro espíritu...

¿Por qué, pienso yo, esas trompas que suenan tan mayestéticas, en vez de hablar la voz honda é inmortal del héroe, no expresan las concepciones gigantes de Kant?

No desconfío de que, por el milagro del ritmo musical, comprendemos un día, con una luminosidad excelsa y única, el arcano que encierran los «Juicios sintéticos a priori...»

MEDITACIÓN DE CARNAVAL

Escuchad el motivo fundamental—el leitv motiw—de las carnestolendas.—Una voz cascada, de trompeta en sordina, canturrea:

«Carnaval, carnaval, carnaval
en el mundo todo está mal...»

Todo está mal; nada está bien; está mal el hombre con sus pantalones, y la mujer con sus faldas; está mal el médico con sus enfermos, y el boticario con sus drogas, y el panadero con su horno, y el soldado con sus armas; todo el mundo está mal con su oficio.

Al conjuro de la voz antañona del carnaval, todos se precipitan á resol-

ver su malestar; el hombre busca sus faldas y la mujer sus pantalones; el médico se hace militar, y el soldado astrólogo, y el panadero, albañil; quien soñó con ser poeta, se finge Pierrot, y aquel que deseó ser todo y no ser nada, se disfraza de diablo.

El carnaval ha dado la satisfacción á todos los insatisfechos, siendo aparentemente lo que quisieran ser. Es cierto que muchos no saben con certeza lo que hubieran querido ser en realidad: así en los tres días, se disfrazan muchas veces... Acaso éstos sean los más sabios.

Pero, ¿todo es disfraz en carnaval? ¿Todo es ficción y fantasmagoría? Lo parece; pero hay una sombra real: el antidisfraz.

Sí, el antidisfraz, porque muchos se disfrazan para no disfrazarse, esto es, para mostrarse en la realidad propia; estas son las trágicas máscaras de todos los días, de todo el año, de la vida toda: los que se disfrazan para dejar sus apariencias dulces y afables y mostrarse en toda su contenida y disimulada crueldad. Máscaras trágicas del espíritu; carnaval de las almas...

Mas volvamos al bullicio carnavalesco... Ved cómo aparece allí en el fondo la gran alegoría del hombre del *higuf*. ¡Soberbia alegoría!

En esta ocasión, al final de sus cuerdas oscilantes, el hombre del *higuf*, ha prendido discos de oro refulgentes, y papeles milagrosos que abren las puertas de mil codiciados arcanos.

¿Qué ocurre? La muchedumbre de las máscaras se ha precipitado violentamente, al asalto, en torno del hombre del *higuf*, brincando en saltos fantásticos y delirantes, bajo los zig-zas de las cuerdas que añadan los apetecidos dones; á manotazos se rechazan; sudorosos, congestionados, ven sus flamantes trajes destrozados en girones, como harapos miserables; las caretas han caído y las gentes nos ofrecen la horrible máscara de sus rostros anhelantes, monstruosos, bestiales.

¡Observad la risa proterva del hombre del *higuf*, viendo, bajo la cimbreante caña de su grotesco aparato, congregada á toda la humanidad que se ha olvidado de lo que apetecía ser, ante el fulgor esplendoroso de los discos áureos y de los papeles maravillosos! Qué tremenda y escalofriante alegoría. Parece que su sombra se proyecta al través de todos los siglos, de todas las vidas...

Y la voz de trompeta en sordina, todo el año murmura grotescamente á nuestro oído:

«Carnaval, carnaval, carnaval...»

EUGENIO LÓPEZ AYDILLO

MCMXVIII.

CUENTO RUSO

José Prather, Conde de Lituania

Escrupulosamente hablando, esto no se puede ni debe llamar cuento. Sólo le llamo cuento, porque á mí, en parte, me lo contaron. Pero tened bien entendido que lo que aquí os diga no es cosa imaginada, y las pruebas las tengo en mi poder. Su verdadero nombre sería el de *sucedido*, porque aun la misma *historia*, en ocasiones, nos suele mentir. Pero cuento, historia, ó sucedido, allá va, sin afeites ni composturas, que si ellas le prestaran algún encanto nuevo, sería siempre en cambio de perderlo en naturalidad.

* * *

Mi tío Andrés el canónigo, varias veces me lo repitió. Estaba entonces de párroco en un pequeño pueblecillo de una diócesis no lejana, que poseía con orgullo carretera y ferrocarril. Por las tardes, plácidamente, el boticario, el alcalde y el médico, le acompañaban de paseo. Mi tío Andrés era un cura muy bueno, muy tímido y muy bondadoso; «era un santo», como decían por allí. Pero además de bueno y bondadoso era alegre y tenía como característica una extraordinaria propiedad. Esta propiedad extraordinaria era un exceso de imaginación, que á pesar de los frenos que siempre la pusiera, no la podía sujetar.—¡Pícara loca!—solía decir siempre, refiriéndose bondadoso á su íntima debilidad.

Pues bien, una tarde en la carretera, al volver del paseo acostumbrado, como acontece en las novelas, encontraron un caminante. Era alto, rubio y delgado; llevaba un saco al hombro, y aunque en extremo derrotado, tenía un aire inconfundible de elegancia y superioridad. A los cuatro les excitó la simpatía. Le quisieron hablar.

El alcalde y el boticario le interrogaron en castellano; mas él no respondía, concretándose á sonreír.—Este debe ser mudo; dijo entonces el médico, que no le cesaba de observar.—Y además, no es un español; añadió luego con cierto aire científico. Mi tío entonces le preguntó en francés.

El caminante le respondió en seguida, con gran contentamiento, que era un peregrino ruso que pasaba para Santiago, que no sabía castellano, y que sólo pedía un poco de agua y pan. Mi tío, encantado ante el encuentro, le invitó á venir á su casa. El rehusó al principio, mas terminó por aceptar. ¡Era tan molesta la curiosidad de las gentes del pueblo, que él no podía satisfacer!

El latín era una de las lenguas que más solía emplear, porque los curas de España le entendían bien. Por lo general él, al llegar á un pue-

blo, decía solamente. *!Aquam! ó !Panem!*, que equivalían á agua y pan. Después se tendía en cualquier sitio, y empezaba á dormir. El no admitía comidas, ni regalos, ni dineros. Lo que más le martirizaba era el privarse de fumar.

Pronto le interesó á mi tío aquel extraño personaje, que poseía una inmensa cultura, que hablaba varias lenguas, que parecía gozarse en sus propias mortificaciones, y que cuando le hacían alguna alusión, por velada que fuera, á su pasado desconocido, cesaba de hablar. Pero con mi tío llegó á tener tal confianza, que la víspera de marcharse después de detenerse dos días, le contó toda su vida sin pedírselo, con encantadora naturalidad. Mi tío me la refirió muchas veces, más tarde, diciéndome que le dijo así:

«Yo soy José Prather, Conde de Lituania. No tengo más que madre, y hasta ahora no hice más que viajar. Desde niño, debido á una *gouvernante* que tuve, sentí una gran simpatía por vuestra religión. Esta simpatía, cuando fui mozo, me hizo abjurar de la religión ortodoxa, contra la gran oposición que mi madre, un poco fanática, hizo á mi voluntad. Esta religión Católica Apostólica Romana, que ahora tengo y profeso, me ha servido de apoyo en mil momentos trágicos de mi vida agitada, de exploraciones y de viajes, que ya no quiero recordar. Sólo sí le diré que en el último que hice al Polo, debí concluir; pero mi fe me salvó. Cuando mayor era el peligro, hice un voto muy duro al Apóstol Santiago, á quien de antiguo tengo una acendrada piedad. Ya pasado el peligro, sólo me restaba cumplir. El voto consistía en venir á pie desde París hasta el sepulcro del Santo, como los peregrinos antiguos, sólo con agua y pan».

Mi tío se quedó asombrado. Por un lado todo aquello le parecía tan extraño y fantástico, que á pesar de mil detalles que á diario lo confirmaban, mi tío, que era tan bueno y confiado, se atrevía á dudar. También pensó si aquel extraño mozo sería un pobre extraviado, pero nada notó. Al fin quiso explicarse el caso con detalles curiosos de la extraña psicología rusa. Por último, el tiempo pasó. Sobre aquellas impresiones vivas que creó el peregrino romántico en la paz del lugar, el tiempo fué pasando, pasando, hasta que, al fin, las ocultó; se apagaron las imaginaciones encendidas; volvió la quietud.

Y siguieron los paseos tranquilos por la carretera blanquecina, que destacándose en las tierras grises, iba á perderse en el confín. De vez en cuando, sí, recordaban al peregrino que un momento lo emocionara. Pero era así como una historia que escucharon; ahora aquello les parecía algo que nunca tuvo realidad. Hasta mi tío, un tiempo obsesionado con aquel peregrino fantástico que pasó por aquel rincón, comenzó á sospechar si se lo habría imaginado él. Cuál sería su asombro cuando de nuevo ante sus ojos, después de algunos meses, y cuando menos lo esperaba, surgió José Prather.

Pero el José Prather de ahora no era el antiguo José Prather. El de ahora era un arrogante caballero, era un noble señor. Envuelto en su gabán de pieles, saboreando un buen habano, afeitado, pulido, mi tío en un principio apenas le reconoció. Mas al reconocerlo de pronto, le

abrazó. Mi tío tuvo entonces remordimientos de sus antiguas vacilaciones. Mas ahora se comprobaba, nuevamente, que todo era verdad. Por primera vez en su vida, *la loca, su castigo*, como él decía, le hizo creer que era fantástico lo que era realidad.

Pero cuando tuvo la plenitud, la evidencia absoluta de que todo lo que le había contado era cierto, fué cuando al poco tiempo de su nueva partida, una mañana memorable una alliva señora se apeó en la estación del tren, en aquel apartado lugar. Dos caballeros la acompañaban, con extremada cortesía. La señora aquella le buscó.—Yo soy la Excma. Condesa de Lituania—le dijo por mediación de uno de aquellos caballeros que la sirvió de intérprete.—Yo quiero que V. me diga la verdad. ¿Sabe usted dónde para mi hijo?—Mi tío la respondió que no. Ella entonces se puso frenética. Por el gesto y el ademán, mi tío comprendía que le estaba insultando en una lengua extraña, y no sabía qué decir, ni hacer. Los dos caballeros que con ella venían, intentaban en vano tratarla de calmar. Y como vino, se marchó, inopinadamente, casi sin darse cuenta. La Excma. Sra. Condesa de Lituania pasó por aquel pequeño pueblecillo humilde, como una ráfaga de destemplanza, de orgullo y mal humor.

Y es cosa extraña: desde entonces mi pobre tío se comenzó á preocupar muy seriamente por aquel mozo singular. Mejor dicho, mi tío se obsesionó con las raras aventuras de aquel pobre muchacho, y perdió para siempre su antiguo buen humor. Cuando venía á nuestra casa, se le notaba que de lleno aquellos hechos tan extraños, que tan rápidamente se sucedieron, le saturaban por completo su exaltada imaginación, que hasta entonces estuvo contenida en los estrechos límites de una feligresía rural. Estudió entonces historia y literatura rusas, y se interesó grandemente por aquel desconocido país. De vez en cuando le volvían las dudas, temía dejarse llevar por su *loca*. El no veía claro. Allí había un misterio; todo aquello era poco natural. Pero todas las preocupaciones, todas las brumas, todos los velos que rodeaban el asunto, se disiparon como por encanto al recibir la primera carta de su ídolo, que aquí tengo á mi lado, escrita toda ella en elegante latín. La carta está fechada en el convento de Monte Casino de Italia; de la carta traduzco aquí unos párrafos, con exquisita escrupulosidad, como el que lo desee podrá comprobar:

«No sé si le hablé de la oposición de mi madre á mi cambio de religión; mas esta oposición al saber que me refugié aquí, y que acaso podría profesar, estalló con toda su furia. Sé que me anduvo buscando por España. ¡Acaso estuvo en ésa! A pesar de mi juventud, estoy cansado del mundo y de sus pompas. Mi corazón agitado sólo encuentra consuelo en la religión y la paz. Aquí estoy muy contento.»

Pronto á esta carta siguió otra, y otra, que aquí tengo también. En ellas se muestra nuestro héroe receloso e intranquilo; su madre ha ido á buscarle hasta Italia; su propia madre le ha denunciado al Zar, y gestiona su extradición. «Figúrese á qué grado de cólera ha llegado—dice en otra de sus varias cartas—que me aseguró el Prior de esta Santa Casa que en una audiencia que tuvo con el Sumo Pontífice, para solicitar que me

expulsaran estos buenos hermanos, le llegó á increpar «Yo estoy apenadísimo» «¡Válgame Dios, cuánto doy que hacer, yo, pobre pecador!»... Cada carta de éstas que leía mi tío, le conmovía, le impresionaba tanto, que durante los días que seguían no cesaba de llorar. Algunas de ellas, de estas cartas que ahora tengo yo aquí, tienen huellas de lágrimas.

Por fin, después de tiempo, cesaron las epístolas. A mi tío, ya muy enfermo, le dieron una tranquila canongía, y se trasladó á la ciudad. Al poco de llegar, tuvo un momento de mejoría. Su idea fija, la idea de José Prather, perseguido por su madre con una fiereza despiadada, pareció que se amortiguaba. Yo creo que él pensaba, como nosotros, que todo se había arreglado felizmente y á la buena de Dios, cuando he aquí que de nuevo, la famosa historia que amenazaba concluirse, floreció. Floreció con otra nueva carta fechada en Petersburgo. Era una carta tan angustiosa y tan terrible, que mi tío de nuevo recayó. En ella le decía «que su madre no le perdonaba, que su madre le perseguía sin cuartel; que pronto comparecería ante el tribunal que había de juzgarle por desertor; que temía que le sentenciasen á la Siberia.»

Poco después vino la última, que aunque mi tío era aún en vida, ya no leyó. Mis padres se temieron con razón que le impresionara demasiado y le aumentara su enfermedad. Yo estoy seguro de que si comienza á leerla, no la hubiese podido concluir. La carta estaba fechada en Nijnaja-Kara (Siberia). La carta tiene párrafos que transcritos á la letra dicen así: «¡Me siento tan cansado de alma y de cuerpo!... ¡Si no fuera por el auxilio de la Sacrosanta Religión!... Esto es tan terrible, que no podré resistirlo... No me sostiene más que el espíritu, este reflejo divino que los hombres tenemos de Dios...»

Poco tiempo después, mi pobre tío falleció como un santo, lleno de fe y resignación. Sus últimas palabras fueron las usuales: ¡Esta local, ¡esta local, que ya al último repetía sin completa razón. Yo viajé una gran parte de la Rusia desconocida. Un día en Moskava, no se cómo, me acordé de mi tío, y en seguida de José Prather. Entonces decidí ir á ver á Madame Michawłowska, mi excelente amiga, y contarla lo que aquí se escribe, para intentar llegar á conocer el final. A Madame Michawłowska la interesó el asunto.—¿No será V. como su tío? con cierta sorna me preguntó. Pero unos días más tarde me convidó á tomar el té. De sus pesquisas resultaba que la madre de José Prather fué una dama de la Corte del malogrado Alejandro II, de conocido mal carácter y bastante especial, que vivió muchos años divorciada de su marido, y persiguió á su único hijo por quererse *descristianizar*. La Condesa de Lituania me aseguran los que la conocieron que era mujer violenta y sensual. Una verdadera rusa, me añadió sonriendo Madame Michawłowska, que procede de origen polonés.

—¿Pero y él?... ¿Qué fué de él?... la pregunté yo inquieto, sin poder resistirme... ¿Qué hizo después?... ¿Qué le pasó?

—Ah... ¿El hijo?... No volvió de Siberia, me respondió sonriendo mi amiga, como una cosa natural...

Este suceso extraño que os cuento, como en parte me lo contaron, con esta leve anotación final, es algo muy verídico que evoca la figura romántica de aquel José Prather, Conde de Lituania, tan amigo de mi pobre tío, y á quien acaso, de rechazo, su romanticismo mató. Revolvien-do unos papeles viejos, estos días de Pascua, al encontrarme las famosas cartas que tengo en mi poder, ha vuelto á revivir esta pasada historia, que he intentado contaros con toda su verdad.

José Prather romántico, místico y tenaz, era en todo un carácter ruso.

José Prather era toda una época.

José Prather ya no existe.

Rogad á Dios por José Prather...

LEÓN M. GRANIZO

León, Diciembre, 1917.

UN YACIMIENTO IBÉRICO

Los "Cenizales,, de Castromocho

Es Castromocho una buena villa de la provincia de Palencia, con nombre, como veis, que acusa antigüedad venerable.

Hállase en el camino de la capital y siempre debió tener cierta importancia el poblado.

A poco del actual, en el cerrete donde hoy se halla el cementerio, y en sus aledaños, hánse descubierto hace muchos años, y se explotan con grandísimo fruto, unos extensos «cenizales». Con grandísimo fruto, claro es, para la agricultura, pues el yacimiento da una pasmosa producción de cereales, y ello, al fin, aunque poco interesante para el arqueólogo y el historiador, sí lo es, y mucho, para la comarca, que recolecta de los «Cenizales» la mejor y más abundante cosecha de trigo que pudo pensarse. «Esto» bien vale lo «otro» y estamos al decir que aún lo supera.

A estos «Cenizales» córtalos un camino nuevo que estará, casi seguramente, sobre el viejo: tan viejo, nos atrevemos á pensar, como los propios Cenizales, y aun más viejo que ellos, porque sería servicio de pueblos como el incendiado, cuya energía y cuyo latido resucita hoy en los más recios, vivos y pujantes trigales de la tierra de Campos.

Porque eso son los «Cenizales»: un pueblo incendiado, las cenizas y osamentos de un lugar ibérico, un yacimiento de los

muchos que aparecen en esa provincia palentina, sin duda muy rica y poblada antes de las invasiones y durante las conquistas romanas en España.

Y no es éste de Castromocho, entre ellos, el solo montón de cenizas que señala la existencia de un lugar. Otros acabaron también quemados, porque, por lo visto, no es práctica muy moderna, aunque lo parece, en los conquistadores, ésta de abrasar á pueblos que se defienden, sorprendidos en la paz de su vivir.

En resolución: este lugarejo de Castromocho pereció por el fuego; es una humilde y obscura Numancia, si el fuego fué aquí también heroico y guerrero, que váyase á saber, en definitiva, cómo ardió Castromocho.

Ello es que ardió.

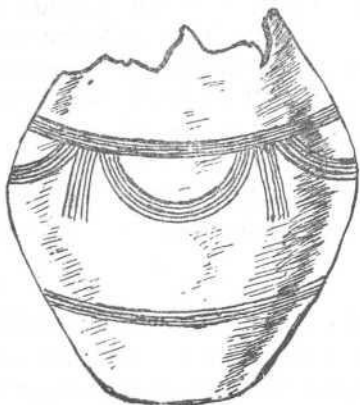
Las excavaciones practicadas al azar,—unas veces al labrar la tierra, otras, en años calamitosos, para que los pobres sacaran «abono» del rico yacimiento, y lo vendieran en su provecho—, han puesto á la luz las cenizas, compactas, rojas y negruzcas, y, entre ellas, á veces, largos maderos, como apoyos y cargaderos de puertas, completamente carbonizados. Aparecen en el corte negros, enteros, aprisionados por la tierra y las cenizas, pero al tocarles se disgregan convertidos en polvo carbonoso.

Como las excavaciones, las minúsculas excavaciones hechas, lo son sin dirección ni plan, rinde el yacimiento lo que buenamente cae bajo la acción de la azada ó de la reja. Salvo los puntos en que se han practicado cortes para sacar «abono», lo restante ha sido movido superficialmente sólo, al arar.

Así ha aparecido bastante cerámica, en objetos casi siempre fragmentados, porque los campesinos rompen los cacharros que salen enteros, buscando el tradicional «tesoro». Así, también, no pocos trozos de utensilios de bronce, de indumentaria casi todos, y bastantes *fusayolos*, pesos de tejer y amuletos, amén de algunas cazoletas-crisoles. Moneda no he visto ninguna de los «Cenizales». Alguna, romana, habrá aparecido seguramente. Espadas, tampoco sé yo que se hayan hallado. Ni es fácil, dada la forma casi «espon-tánea» en que aparecen los objetos en el yacimiento. Puede decirse que está casi todo él intacto, sin explorar.

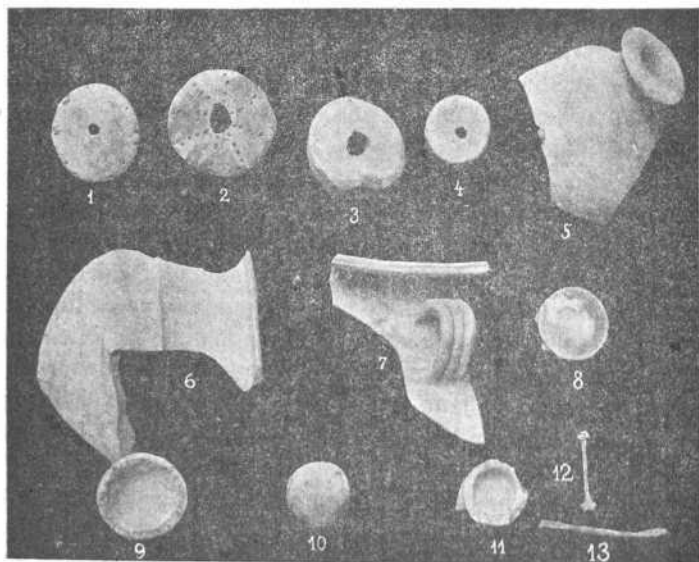
Pero lo hallado hasta ahora permite aventurar algunas suposiciones sobre el carácter de los objetos y sobre su época. Desde luego, trátase de utensilios ibéricos. La parte más copiosa de los hallazgos corresponde á la cerámica y de ella doy, en fotografía y en un dibujo, muestra de algunos fragmentos. Son todos de barro cocido, hechos á torno, y de factura compacta y bastante roja; es decir, de muy buena cochura. La arcilla, limpia, sin piedrecillas,

bien tamizada y amasada. Algún cacharro es negruzco, pocos. Puede ser por efecto del fuego: ó por el del hogar, consecuencia del uso, ó por el del incendio.



He hallado poca cerámica decorada entre lo de Castromocho. Lo que hay lo está con líneas negras. Es de tipo numantino y muy semejante á lo de Amarejo; ó sea, con semicírculos concéntricos. Es decoración frecuente en los cacharros ibéricos, y ésta de trazos negros parece más propia del interior de la península, aunque abunda por toda España.

Los restantes fragmentos que damos en la fotografía, están sin decorar. Ofrecen poco de extraordinario. El número 5 se hace notar por su reborde pronunciado de la boca. El núm. 6 podría parecer arcaico por su forma, pero en la cerámica ibérica se nota



una persistencia en tipos y decoración que los hace durar mucho; formas semejantes á esa del núm. 6 aparecen en los vasos de Tréveris—época de la Tena I—y en algunos del N. O de Baviera—

éstos decorados, de la Tena I también ¹.—El núm. 7 tiene también reborde muy marcado en la boca y asa gallonada. Los fragmentos, 8, 9 y 11, son trozos de pies de vasos. El 10 es una piedra de honda, al parecer.

El 1 y el 2 son, probablemente, amuletos: discos de piedra calcárea, para ser ensartados en un hilo, con otros colgajos y piedrecillas, formando collar. Estos dos discos están decorados con agujeritos radiantes, y expresan una alegoría solar.

El 3 y el 4, acaso servían para tener, por su peso, tensos los hilos en el telar.

Los objetos del núm. 12, de bronce ambos, serán, tal vez, restos de hebillas ó de fíbulas. Uno de ellos parece un clavo remachado por los dos cabos, como para asegurar algo de madera ó de cuero.

De los fusayolos encontrados, he elegido el que va en el dibujo. Está decorado con estrías circulares y es de piedra calcárea. No ofrece nada de extraño. Sobre estos objetos no hay acuerdo aún. Se les supone, por unos, adición al huso, que se encajaba, por su punta inferior, en el agujero central del fusayolo; y éste hacía, con su peso, tenderse á la fibra de hilo.

Otros arqueólogos discuten esta interpretación, pero todos convienen en que algunos de estos objetos estaban destinados á ese fin. Y este fusayolo de Castromocho parece que, en efecto, para eso sirvió: su forma es característica.



El otro objeto dibujado, verdaderamente interesante, es un colgante, que formaba parte probablemente, ó de un collar ó de un pendiente. Mide, de lo alto de la anilla al extremo de cada una de las ramas, 55 milímetros; y de máxima abertura, ó sea de un extremo á otro de las ramas, 45 milímetros. Es de bronce. Se compone de una anilla circular, prolongada en dos vástagos que se apartan, formado cada uno por dos conos unidos por su base. Asegura y cierra el círculo de la anilla un alambre, cuyo extremo, muy largo, se arrolla en espiral de muchas vueltas. En la arista de unión de los conos, ha/ todo al rededor una

serie de entalles verticales que hacen dentellada á esa parte; y, en fin, la punta de ambas ramas se dobla bastante, en ángulo recto.

¹ Hettner y Reinecke. Según Dechelette.

No extrañen las dimensiones y el peso de este objeto para fe-
nido por pendiente ó parte de un collar. La Dama de Elche es buen
ejemplo de ello. Y algo como dos conos unidos son también los
colgantes del tocado de la Dama de Elche.

El enroscamiento del alambre en este adorno de Castromocho
recuerda muchos objetos con este mismo tema, desde bien remo-
tas épocas. Sirva de ejemplo un póxide descubierto en Milo, de la
edad de bronce cretense; joyas y vasos de Micenas; una ajorca
hallada en la sepultura céltica de Combe-Bernard; otra de un ente-
rramiento del Jura, ambas de la III Edad del bronce; antenas de la
espada de Corcelette, de la IV Edad del bronce¹; otros brazaletes
en Bohemia, aparte más ejemplos, que son numerosos. Ello prueba
lo extendido de esta decoración, que, acaso, es recuerdo de repre-
sentación solar también.

No son de fácil cronología estos hallazgos. Respecto de los
vasos con decoración de semicírculos concéntricos, dice Dechelette
que no se remontan más allá de los siglos IV y III antes de Cristo;
y añade: «Se sabe... que la fabricación de los vasos pintados ibé-
ricos ha penetrado hasta la conquista romana».

En Numancia, entre las cenizas de la ciudad ibérica abrasada,
aparecen trozos de cerámica con decoración geométrica. Y es
más: de los restos de los *castella* levantados por Escipión en torno
á la ciudad, para rendirla, surgen, mezclados con ejemplares itáli-
cos, vasos ibéricos análogos á los de la ciudad quemada. «Prueba,
dice Dechelette, refiriéndose á Schulten, de que esta cerámica, á
pesar de su carácter arcaico, ha durado hasta el año 133 antes de
Jesucristo».

Por eso decíamos que es dudosa la cronología de estos hallaz-
gos. Oscila, para los vasos ibéricos de decoración geométrica,
entre el siglo IV y mediados del II a. de J. C.

Y dado este arcaísmo para la cerámica, será prudente admitirlo
para el resto de los objetos señalados.

El pendiente, que parece influido por el arte que produjo los
adornos de la Dama de Elche—siglo V. a. de J. C.,—acaso pudiera
también incluirse en la fecha de los vasos, tal vez en lo más
antiguo de esa fecha indecisa. Hay que tener en cuenta lo internado
de estos pueblos ibéricos, tan alejados de Levante y de las influen-
cias que allí actúan.

Y por lo que hace á los amuletos con símbolos solares, los
fusayolos, etc., son objetos que perduran desde épocas remotísi-

¹ Para algunos datos, Perrot y Chippiez. «Hist. de l'Art dans l'Antiquité». Para otros,
Bertrand, Sautter, Gross y otros, según Dechelette.

mas y que aparecen en tiempos muy diversos. La representación solar es muy persistente.

Aquí deben acabar estas notas, hechas á vuela pluma. He querido, sólo, dar á conocer los «Cenizales» de Castromocho, sobre los que, antes de ahora, no he visto noticia alguna.

Tienen un positivo interés, y sería bueno que, no siendo posibles excavaciones serias y en grande escala, los propietarios de los terrenos donde se halla el yacimiento guardaran con cuidado los objetos que fuesen apareciendo ¹. Podría, con ellos, formarse una interesantísima colección que, ya copiosa, pudiera ser base de un estudio formal y detenido sobre los hallazgos y sobre el lugar.

Respecto de éste, no cabe hacer historia, ni aún formular suposiciones. Acaso fué de los que destruye Lúculo, ó de los que sufren su acción cuando pone sitio á Palencia, ó cuando desiste de él hacia el año 151 a. de J. C., fecha que conviene muy bien con la cronología apuntada para los hallazgos. No estaría descaminado presumirlo. Hoy no cabe sino una dudosa hipótesis.

Y esto es todo lo que hoy puede decirse de los «Cenizales» de Castromocho.

Entre aquellos escombros calcinados queda el misterio de un lugarejo, que, acaso, se nos vaya revelando poco á poco, con las muestras de su industria humilde y de su arte rudimentario, que son la lengua en que nos cuenta su vida pacífica, un día bárbaramente cortada por el hierro y por el fuego.

FRANCISCO ANTÓN.

Febrero-1918.

REGISTRO BIBLIOGRÁFICO

FRANCISCO JAVIER GARRIGA: *Estudios elementales de Historia de la Literatura. Barcelona, 1918.*—Uno de los más doctos catedráticos que tenemos en el actual profesorado español, D. Francisco J. Garriga, acaba de publicar unos notabilísimos *Estudios elementales de Historia de la Literatura*.

Aunque cae este libro dentro del género que generalmente se llama de *libros de texto*, está muy lejos de ser un libro de texto á la manera más usual y corriente. Es un libro razonado, científico, ajustado á las más recientes y sólidas investigaciones.

El tomo publicado abarca las literaturas de Oriente y las clásicas. En

(1) Así lo hace el Sr. Herrero, hacendado de Castromocho. Ha recogido mucha cerámica y la conserva escrupulosamente. Merece que se le mencione con encomio, así como también al propietario D. Francisco Castrillo, que me ha proporcionado algunos objetos.

materia tan interesante tiene amplio campo el Sr. Garriga donde desarrollar sus profundos conocimientos y sus admirables dotes de expositor. Sabe aunar—cosa tan poco frecuente—la mayor sencillez y claridad con la trascendencia del contenido,

No se sabe en verdad qué parte elogiar más de este libro; porque si al recorrer las páginas relativas á las literaturas hebrea e india queda el lector literalmente encantado, al saborear las correspondientes á Grecia y Roma saca la convicción de que hasta ahora no se ha hecho en España, dado los límites á que se contrae el libro del Sr. Garriga, un estudio tan concienzudo y completo.

Ocurre, por otra parte, que el lector de estos *Estudios* no halla una serie de consideraciones dispersas sobre tales ó cuales autores y obras: fórmase, por el contrario, una exacta idea de conjunto, sorprendiendo, como si dijéramos, el *espíritu* de aquellas gloriosas literaturas.

Por estas someras indicaciones se comprenderán los varios y relevantes méritos que reúne la obra del Sr. Garriga.

* * *

ROBERTO F. GIUSTI: *Crítica y Polémica. Buenos Aires, 1917.*—Roberto F. Giusti, director, con Alfredo A. Bianchi, de la justamente renombrada revista *Nosotros*, ha dado a la estampa el libro cuyo título queda indicado. «He reunido en este libro—dice Giusti—las páginas que con más entusiasmo, cariño, y rabia a veces, he escrito en los últimos años, sobre temas de literatura o educación. Puedo decir que hay en todas ellas patriótico interés por la salud intelectual y moral de mis conciudadanos, y en las de última fecha la inquietud del terrible momento presente y la preocupación del porvenir incierto.»

Son, en efecto, artículos llenos de vida y calor, en que Giusti despliega ampliamente sus hondas cualidades de crítico. De su interés puede juzgarse por los respectivos títulos: *Aristarco y á ellos.*—*José Enrique Rodó.*—*La Poesía de Giovanni Pascoli.*—*Poesías de Carducci.*—*Unamuno poeta.*—*Un camino en la selva.*—*Fernández Moreno.*—*La Argentinidad.*—*El Mal Metafísico.*—*Una novela filosófica.*—*Belisario Roldán, poeta dramático.*—*Un libro infame.*—*Por el idioma.*—*El frenesí de la metáfora.*—*La revista de mi amigo.*—*Luis Ipiña.*—*Juan Mas y Pí.*—*Florencio Sánchez.*

* * *

Reseña y discursos de la solemne velada con que el día 26 de Junio de 1917 se inauguró en la Biblioteca Nacional la estatua de don Marcelino Menéndez y Pelayo. Madrid, 1917.—Por iniciativa de la Junta Central de Acción Católica, se acordó erigir una estatua al maestro inolvidable; y, llevado á cabo tan plausible acuerdo, se hizo la inauguración solemne el día 26 de Junio del pasado año. Todo ello va debidamente expuesto en este folleto, que comprende lo siguiente: Invitación al acto; reseña de la inauguración; discursos de los Sres. Rodríguez Marín, Rivas Groot, P. Fidel Fita, doña Blanca de los Ríos y D. Enrique Menéndez y Pelayo.